

asamblea, ignorando el gobierno lo que pasaba á su misma vista.

Algunos granaderos, varios ciudadanos, y algunos diputados lucharon largo tiempo contra los rebeldes, por tres veces los repulsaron fuera del salon, y otras tantas volvieron á entrar en él en mayor número, vociferando de un modo atroz. Se empeñó una lucha horrosa.... En sus cortos momentos de triunfo, dió la Convencion muchas órdenes, y Delmas, uno de sus miembros, fué nombrado gefe de la fuerza armada parisiense; llamó este á las secciones fieles, para que fuesen en su compañía.... pero inmediatamente empezó de nuevo el tumulto.... y los insurgentes fueron definitivamente vencedores. El representante Ferraud intentó en vano pro-

hibirles la entrada por la brecha que se habian abierto, pues le arrollaron y llenaron de injurias, invadiendo los bancos de los representantes del pueblo, entre quienes se mezclaron llenándolos de ultrages, y gritando sin cesar: *¡Pan! ¡la constitucion del año 93!* palabra de orden, que se habian dado de antemano. En medio de la confusion, vió Ferraud un fusil dirigido contra el pecho del presidente, y se precipita para cubrirle con su cuerpo, pero de repente le sacan violentamente de la tribuna; recibió un pistoletazo, y trabaleó. Le arrastraron fuera del salon... Un nombrado Boucher le cortó la cabeza, y vino á presentarla en la punta de una pica al presidente. Boissy d'Anglas se inclinó y saludó respetuosamente el despojo sangriento de su desgraciado

colega. Le amenazaron con el mismo destino, y lejos de intimidarse renovó al ayudante general Thibault las órdenes que habia dado contra los facciosos. Los gritos continuaron, y la cabeza del bravo Ferraud fué paseada por Paris, reuniendo con este sangriento trofeo los asesinos de todas partes. En este tiempo, muchos batallones de la guardia nacional estaban en la plaza del Carroucel esperando órdenes, y la apatía de la comision de seguridad general hizo inútil su sacrificio. La historia notará que uno de los principales menores de esta comision, que se habia pronunciado furiosamente contra los amigos de la revolucion, era Rovere, antiguo demagogo reconocido despues por un agente del realismo; que uno de sus corifeos era Sieyes que, mas

tarde, manifestó poco amor al sistema republicano; y que hombres que calificaban la debilidad de moderacion, podian ser arrastrados á una causa impia por pérfidos colegas.

Mientras estas abominables violencias, algunos diputados trataron de hacer oír sus voces, pero sus esfuerzos fuéron inútiles; insultados y aun golpeados por los facciosos, se vieron obligados á ser meramente espectadores de estos horribles exesos.

En lo mas fuerte del tumulto, un especie de obrero subió á la mesa del presidente, y le dijo en voz baja: *«Boissy d'Anglas; que es lo que piensas acerca de la libertad? Debeis saber mucho de esto con cinco años de experiencia, ¿creis aun en la república?»* Ni el aire ni el lenguaje de este hom-

bre eran de un hombre comun, y el traje que llevaba no era seguramente suyo.... Nada tengo que añadir á este hecho, pues la relacion sola abre á nuestra alma bastantes ideas que la afligen.

Sin embargo, los autores del desorden de este dia no querian que se pasase, como el 12 del germinal, en demostraciones inútiles. Un hombre del pueblo leyó en la tribuna el manifesto en once artículos cuyo contenido hemos hecho conocer, y pidió que se pusiese á votos. Algunos diputados que ocupaban la montaña apoyaron la extraña propuesta. Ruhl reclamó que se cerrasen las barreras; y otro de sus colegas pidió la libertad de los patriotas encarcelados desde el 9 del termidor, y otros *Cretos* propusieron la supresion

de las comisiones, la prision de muchos diputados, y la reorganizacion del ayuntamiento; todos aprobaron el plan propuesto por los insurgentes, hicieron algunas mudanzas para facilitar la ejecucion, y pidieron que se pusiese á votos. Boissy d'Anglas resistió mucho tiempo, y al fin cansado cedió su puesto á Vernier, y este viejo, menos capaz que Boissy desoportar una prueba tan difícil, puso á votos sucesivamente los decretos de los facciosos. Bourbotte fué nombrado por aclamacion comandante general de las tropas de Paris, tomando ademas otras medidas análogas. La comision de seguridad general fué reemplazada por una comision escogida de la cumbre de la montaña, y se nombraron cuatro diputados para despedir los

miembros de esta formidable comision y apoderarse de todos sus papeles. « Apresurmonos, clamó Duquesnoy, pues si no tomamos hoy mismo una gran medida, se hará mañana lo que se hizo en la noche del 12 del germinal; » pero no era ya tiempo, porque los termidorianos habian recorrido todas las secciones, reunido las guardias nacionales, haciendo un cuadro horroroso de la opresion en que gemia la Convencion, y de todas partes corriéron á su defensa.

Los montañeses acababan de someter sus decretos á la firma del presidente, y Vernier se negó á cumplir esta formalidad. « La Convencion no está libre » fué su única respuesta. « Es preciso firmar ó morir, » gritó el tropel sanguinario. El venerable viejo presentó su cabeza, y se precipitaron so-

bre él; pero afortunadamente algunos montañeses detuviéron la multitud, respetando los años del animoso presidente. La discusion volvió á tomar su marcha, y los diputados nombrados para suprimir la comision de seguridad general, saliéron del salon.

De repente Legendre se presenta en la tribuna, y en alta voz dijo: « Legisladores, guardad vuestros puestos con firmeza, que vienen en vuestro socorro; haced pues que los ciudadanos que ocupan el salon le abandonen, para que la Convencion pueda deliberar. »

Varios silbidos interrumpiéron al orador y cubriéron su voz, y se retiró; pero á muy luego (á media noche) volvió á entrar á la cabeza del batallon Lepelletier, que guiáron con él sus colegas Anguis, Kervelegan, Chénier

y Bergoeing. Intimáron á la multitud á que se retirase, y el presidente repitió esta orden á nombre de la ley. Se resistieron, y se empeñó el combate, habiendo obtenido cada partido dos veces la ventaja. Hubo un momento en que los sublevados pareció que triunfaban, y la montaña gritó: ¡Victorial... Pero Kervelegan se precipitó contra ellos, y la herida que sufría no apagó su ardor. El batallon fiel se reanimó; los enemigos huyéron, y gritos de *viva la Convencion!* ¡*viva la república!* ¡*fue- ra los jacobinos!* hicieron solos reumbar el recinto de la asamblea. La montaña aterrada esperó con calma el golpe que la amenazaba. Los vencedores no dudáron sino sobre la eleccion de víctimas, y se hicieron muchas listas. Se empeñó una corta discusion; pero to-

dos los acusados fuéron, con anticipacion, proscriptos. Bourbotte, Derooy, Duquesnoy, Prieur (de la Marne), Romme, Soubrany, Ruhl, Goujon, Foyssard, Lecarpentier, Pinet y Fayau fuéron sentenciados á prision. La Convencion declaró que las secciones que la habian defendido habian bien merecido de la patria; que los diputados ocupasen su asiento, armados; que se convocasen los ciudadanos de Paris, para desarmar á los asesinos, y recibió felicitaciones de muchas secciones fieles. Estos trabajos ocupáron una parte de la noche, y á las tres y media de la mañana se suspendió por algunas horas la sesion.

Sin embargo no habia desaparecido todo peligro. Se empeñó una lucha entre algunas secciones de Paris; la Con-

2 del
Perial.

3 del
Prerial.

vencion fué de nuevo amenazada con cañones, que asestaron contra ella, se leyó una peticion sediciosa en su barra, y el presidente se vió forzado á dar el abrazo fraternal al arengador. Preso y condenado á muerte, el asesino de Ferraud (1) fué arrancado del cadalso por un populacho desenfrenado, y llevado en triunfo al arrabal de San Antonio, en donde los sediciosos, que inmediatamente se refugiaron, organizaron una Convencion del pueblo soberano, con la que las gentes honradas empezaron á concebir nuevas alarmas.

El dia siguiente, á las cinco de la

(1) Se dijo que el nombre de Ferraud, pronunciado por algunos de sus colegas, fué mal entendido por el pueblo, que, teniéndole por Fréron, aplacó con la muerte del desgraciado jóven el odio que profesaba al fogoso rector.

mañana, la comision de seguridad general tomó medidas vigorosas para ahogar la sedicion, y una fuerza armada considerable, á las órdenes del general Menou, Tallien y algunos diputados, se dirigió en silencio hácia el arrabal. La primera columna se adelantó sin pena hasta la barrera del Trono; pero vueltos en sí del primer movimiento de espanto se reunieron los diversos batallones insurgentes, y los que asaltaban se viéron forzados á retirarse. Hubieran todos perecido, oprimidos por el número y destrozados por los cañones de sus enemigos, si hubiesen estos hecho uso de su victoria.

El ejército del general Menou se formó en batalla en el baluarte, y hallándose al frente los dos partidos, parlamentaron. Tallien hizo conocer á los

rebeldes los decretos de la Convencion que mandaban su desarmamiento. «Os damos una hora para someteros, añadió, si persistis en vuestra rebellion mas que el tiempo prefijado, treinta mil hombres estan prontos con balas y bombas para obligaros á cumplir vuestro deber.»

Aun duraron las negociaciones algunas horas, pero al fin cediéron los insurgentes, entregando sus cañones al ejército convencional; un grand número de prisioneros fué puesto en sus manos, y el ejército triunfante desfiló por la plaza del Carrucel á los gritos de *¡viva la Convencion! ¡viva la república!* Sin haberse perdido mas que un solo hombre en todo el dia.

Algunos facciosos y los representantes del pueblo presos, fuéron enviados

á una comision militar, y sentenciados de acusacion. Louvet, Legendre y Lanjuinais querian que se trasladasen ante el tribunal criminal del departamento, y este parecer fué desechado. La fatalidad que arrastraba la Convencion á los extremos, hizo preferir una comision militar para juzgar los legisladores, á pretexto de que habian suscitado reuniones armadas.

Ruhl se dió la muerte. Albitte y Prieur (de la Marne) huyéron. Los otros diputados se presentáron delante la comision militar que debia juzgarlos; y manifestáron todos la mayor firmeza, pareciendo que aspiraban al martirio. Forestier fué puesto bajo la vigilancia, Foyssard á ser deportado, y sus colegas ofrecidos á la muerte,hiriéndose todos estos desgraciados con

el mismo puñal, al salir del tribunal. Tres de ellos, Romme, Goujon y Duquesnoy, murieron inmediatamente, y los otros, Bourbotte, Deroy y Soubrany, fueron conducidos espirando al cadalso. Todos eran hombres recomendables por sus virtudes, y muchos dotados de talentos que podian ser útiles á la república. Es cierto que algunos habian tratado de caer la mayoría convencional... Mas la humanidad no debe llorar menos por tan sangrientos sacrificios.

CAPITULO IV.

§ I. Reaccion realista. — Mortandades. — Asunto de Quiberon.

La Convencion nacional creyó haber hecho cuanto era necesario para su seguridad y el reposo de la Francia, comprimiendo los terroristas; pero eran mas terribles que estos, los realistas, que extendian ya su influjo á todas las provincias, y despertando la memoria del terror, mantenian las discordias y los odios.

En Leon una *compañía de Jesus*, reunida contra los amigos de la revolucion, organizó la venganza y la muerte, anegando y asesinando sin cesar todos los dias. Se imprimió una lista de supuestos partidarios del terror, que vino á ser una lista de pros-